

— ¡No!... Pero he debido de parecerle á usted bien ridículo, antes, con mis humos de justiciero... Perdóneme. Estaba aún más lejos de usted de lo que me parecía... ¡Y, siendo así, viniendo de lo poco que soy, nada, ó casi, importa lo que le he dicho!

Estas palabras angustiaron á Teresa. Desde que conocía á Majencio, lo había visto tímido, adusto, exaltado, ó tierno : jamás lo vió humilde. Y, he ahí que le aparecía despojado de su orgullo. Tan dolorosa era la actitud del pobre muchacho, que casi le remordía ser causa de ella. Puso la mano sobre el hombro del niño inmóvil, quien, ahora, mirando al vacío, ya no lloraba.

— ¡Vamos, Majencio, ánimo! Las culpas son personales, y si nuestro corazón asume las de los seres á quienes amamos, en nada queda comprometida nuestra responsabilidad.

Murmuró, como para sí mismo :

— He podido encontrar dieciocho mil francos... pero los ciento treinta mil francos á que ascienden las falsificaciones... aumentados por los intereses... mi vida no bastará para ganarlos...

Sus ojos miraron de nuevo á Teresa. La joven contestó con serena gravedad :

— Ese dinero será restituido, Majencio.

No replicó... Su mano buscó la mano de Teresa, y en ella apoyó sus labios sin que la mujer la retirara. Ninguna palabra más fué pronunciada sobre aquel asunto, pero ambos se habían comprendido. Una confianza mutua, el cambio de sus secretos confesados,

les aproximaban ahora. Majencio conservó algunos instantes sobre sus labios la hermosa mano, como una reliquia reconfortante. En momento en que la abandonaba, la doncella entró.

— Ahí están el señor Dautremont y la señorita Susana, dijo Gertrudis... pero al mismo tiempo ha llegado la señora Chretién por la escalera de servicio, y pide ver á la señora lo más pronto posible.

— ¿Ha dicho usted á la señora Chretién que estaba aquí el señorito Majencio? preguntó Teresa.

— Lo sabe, señora.

Con la mirada, Teresa consultó á Majencio. Los ojos del joven contestaron : sí.

— Ruegue á mi padre y á mi hermana que esperen unos minutos en el salón principal; recibiré primero á la señora Chretién aquí.

Durante el minuto en que Teresa y Majencio quedaron solos, el joven entregó á Teresa un sobre cerrado.

— Aquí están, dijo, las fotografías de los cheques que Couderc había conservado. Su mujer, por algún dinero que le di, se las quitó. Pero no tema usted nada por este lado : ignora ella en absoluto la importancia de esos papeles : la palabra « falsificaciones » no ha sido pronunciada delante de ella.

Teresa recibió el sobre, vaciló un momento, y, sin abrirlo, lo tiró á la lumbre... Mientras estaban ardiendo las fotografías, entró la señora Chretién, toda de negro, menuda. Su rostro noble y gastado expresaba una angustia de madre dolorosa. Por ha-

ber sin duda venido de prisa, no podía hablar; pero la primera ojeada que echó sobre Majencio y sobre Teresa le mostró que la crisis, entre ellos, no se hallaba en el paroxismo que ella temía. Respiró fuertemente.

— ¿Qué hay, mi buena María? preguntó Teresa.

No dejó Majencio que su madre contestara :

— Mamá venía, como antes se lo anuncié á usted, señora, para impedirme ser el injusto energúmeno que hace un rato he sido... Pues bien, querida mía, continuó, yendo á coger á su madre por el busto, atrayéndola contra él y besando sus pobres ojos abrasados por las lágrimas, me alegro de que llegues demasiado tarde. La señora de Hountacque me ha demostrado una compasión que, realmente, yo no merecía; en vez de echarme fuera de su casa como era su derecho, ha tenido la bondad de demostrarme que me equivocaba.

— ¡Ah! la señora de Hountacque te ha dicho...

Se desasíó para mirar á su hijo, para darse bien cuenta de que no divagaba y de que era sincero. El joven prosiguió :

— Me ha demostrado, de una manera que no admite duda, que Couderc, con muy buena fe, me ha inducido en error. Los cheques fotografiados por él son auténticos : la parálisis de Camboulives fué causa del temblor que se notaba en las firmas; pero el señor Hemery, en el momento mismo de la presentación de los cheques, hace nueve años, notó aquella firma temblona y dió orden de pagar. Todo resultaba correcto.

Con no disimulado estupor escuchaba estas palabras la señora Chretién. En cuanto á Teresa, estaba más emocionada quizá que en plena discusión con Majencio, pues seguía el drama interior que se representaba en el alma del joven artista. ¡ Ah, decididamente, la humillación había roto el resorte de su orgullo, como aquellos golpes de barra que, antiguamente, partían las piernas de los condenados ! « ¡ Pobre chiquillo ! » pensó Teresa. No condenó su mentira ; ella misma, para atenuar la culpa de su marido, ¿ no habla, si no disfrazado, cuando menos obscurecido la verdad de los hechos, en presencia de su padre, de su hermana y de Pontmagne ? Comprendió que, hasta la crisis actual, no había ella sido, como el muchacho allí presente, con la diferencia de una situación más elevada y de un alma más serena, no había sido sino una neófito mal iniciada en los misterios dolorosos de la vida.

— Entonces, señora, ¿ no le guarda usted rencor ?
¿ Le perdona usted ?

— Por completo, contestó Teresa. Lo que más apenaba á Majencio era el pensar que pudiera, un día, el nombre de su padre, estar mezclado á esa absurda historia; más vale que se haya confiado á mí y que juntos hayamos puesto en claro el asunto.

La señora Chretién se sentó en una silla; lágrimas brotaron de sus ojos; las secaba excusándose :

— Soy ridícula, usted me perdone, pero, ¡ he tenido tal susto ! ¡ perdóneme !

Teresa la abrazó :

— Comprendo su emoción, mi buena María. Tranquilícese por completo. Lo ocurrido no era más que una pesadilla : ya pasó.

Majencio meditaba.

— Quisiera, dijo, ser oído por el señor Dautremont; ¿está aquí, verdad?

— Sí, está con mi hermana, en el salón.

Designó la puerta de la derecha. Los ojos de Majencio brillaron.

— Suplico á usted, señora, que me permita ser oído por ellos, en presencia de mi madre y en presencia de usted.

— ¡ Oh, Majencio! imploró la señora Chretién.

— Mamá, te aseguro que es necesario. La señora de Hountacque no me negará ese favor.

« No, pensó Teresa, no ha cambiado, es el mismo exaltado de siempre, tan pronto sobrando como faltando. Después de la locura del odio, la locura de la reparación. »

Abrió la puerta del salón é hizo seña á su padre y á su hermana de que vinieran. Como parecían sorprendidos de hallar allí á Majencio y á su madre, Teresa les dijo :

— Majencio Chretién desea hacerles á ustedes una comunicación que le parece importante ; les pido tengan á bien escucharle.

Susana, con su instinto de mujer, comprendió en seguida.

Dijo á su hermana, en voz baja :

— ¡ Bravo! está domada la fiera... Además, te

anuncio que Hemery está resueltamente por nosotros.

La actitud de Majencio había cambiado. El acceso de sencillez determinado por su humillación quedaba abolido ; tornábase el comediante sincero que había de ser toda su vida. No pudo impedirse el saludar teatralmente al escogido auditorio que le examinaba, no sin cierta extrañeza ; y, en tono que tenía tanto de timidez como de desaffo, dijo :

— He pedido permiso á la señora de Hountacque para hacer aquí una declaración pública.

Nadie contestó. Prosiguió :

— Conocen ustedes el objeto de mi visita al señor Hemery, en el Crédito colonial. En aquel momento, era absoluta mi buena fe... y no permito á nadie condenar un acto que me fué dictado por mi conciencia.

Las últimas palabras de esta frase fueron pronunciadas en tono casi provocativo. Susana, molestada, murmuró :

— Cada cual tiene su conciencia.

Majencio la oyó. Replicó.

— Sí, señorita, cada cual tiene su conciencia, como usted dice, y la de los laboriosos es, muchas veces, más escrupulosa que la de los ociosos.

— Déjale que hable... dijo Teresa á su hermana.

Satisfecho de su frase, á la que Susana contestó encogiéndose de hombros, el joven continuó :

— Desde aquel acto que, lo repito, me era impuesto por mi conciencia, he adquirido la convicción de que había sido inducido en error. Juzgo, pues, que es mi deber el declararlo aquí : El señor Hountacque no es

el autor de los cheques indicados por mí al señor Hemery.

— ¡Cuánto me alegro! murmuró Susana entrecarándose contra su hermana.

Y comprendió Teresa que aquella alma frívola volvía á ella.

— Pero, entonces, objetó el señor Dautremont, ¿quién es su autor? ¡No se han hecho solos!

— Ayer, el señor Hemery me afirmó que eran auténticos... Las explicaciones que ha tenido á bien darme la señora de Hountacque confirman esa autenticidad y disipan todas mis dudas.

Al pronunciar estas palabras, la mirada de Majencio se fijó en Teresa como en busca de fuerza para mentir. Dautremont declaró :

— Lo que ahora dice usted, joven, concuerda con las declaraciones que el señor Hemery acaba de hacerme... Por consiguiente, su imprudencia de usted ha sido incalificable, y usted merecería...

— Si ha sido imprudente, interrumpió Teresa sin dejar á Majencio tiempo para replicar, repara lealmente su error.

— Puesto que usted me aprueba, señora, dijo Majencio, todo lo demás me es indiferente. Ven, mamá.

No saludó á nadie y se dirigió hacia la puerta, llevándose á su madre; Teresa acudió á despedirles, mientras el señor Dautremont y Susana conversaban en voz baja.

Ya en la puerta, Majencio murmuró :

— He hecho lo que he podido, ¿verdad?

— Sí, dijo Teresa. Está bien. Le doy á usted las gracias.

Su madre pasó la primera. Él imploró :

— ¿No me detestará usted?

— No; quedo su amiga. Adiós.

Cuando volvió á la habitación, compadecida de aquel muchacho que la amaba, Susana la saludó alegremente con estas palabras :

— ¡Y ahí tienen ustedes cómo sabemos, nosotras mujeres, domar á las fieras! ¡Bravo por la domadora!

— Pero, vamos á ver, ¿qué es lo que ha ocurrido entre ustedes dos? preguntó el señor Dautremont.

— Nada terrible, contestó Teresa, quien por nada del mundo consintiera en revelar el humilde y punzante secreto de aquel que acababa de salir de allí. Todo se resume á lo que él mismo les ha declarado á ustedes. Merced á informes precisos que Pedro me había comunicado, he podido demostrar á ese joven cuán inconsiderada resultaba su reciente conducta : se rindió á la evidencia, y ya han visto ustedes con qué valor ha reconocido sus errores.

— Es un orgullosillo y un tontuelo, murmuró el señor Dautremont. Pediré á Pontmagne que lo haga vigilar.

— ¡Oh, dijo Teresa, segura estoy de que, ya, nada intentará contra nosotros!

— ¿Tú qué sabes? Pontmagne, que entiende de eso, cree que ese mocito acabará en un manicomio

El corazón de Teresa se angustió; recordó ésta la última mirada que le dirigió Majencio en contesta-

ción á su « Adiós. » En efecto, era casi la mirada de un demente...

Pero se abrió la puerta, y toda otra imagen quedó de repente borrada del cerebro de Teresa.

— ¡Ah! Pedro, suspiró.

Corrió á él y, sin poder vencerse, le cogió la cabeza en sus manos y le besó dos veces deslizándole al oído :

— No temas ya nada, Majencio sale de aquí. No dará parte; está desarmado.

Más tarde, Teresa recordó con admiración la impasible sangre fría con que Pedro, al mismo tiempo que le devolvía su abrazo, acogió la noticia.

Penetró más en la habitación.

— ¿Consejo de familia? dijo con cierta ironía.

— ¿Sabe usted la noticia? preguntó el señor Dautremont. El joven Chretién renuncia á toda queja.

— Lo cual es muy prudente por parte suya, replicó simplemente Pedro.

Hubo un silencio molesto. Susana, bruscando la retirada, se fué hacia Pedro.

— Vaya, les dejamos á ustedes. Después de semejante emoción, deben de ansiar quedarse á solas.

Quiso ella tenderle la mano, vaciló, no ofreció más que dos dedos.

— ¿Qué manera es esa de tenderme la mano? dijo Pedro sonriendo á medias.

Susana se empurpuró.

— Es verdad... Mire, Pedro, me gusta usted mucho; ¡vaya un robusto equilibrio, el de usted!

Y se estrecharon la mano á la inglesa, virilmente. Á su vez, fué el señor Dautremont á darle la mano á su yerno.

— ¡Hasta otro rato! ¡Inútil decirle lo que me alegra verle á usted ya libre de disgustos! Pero, no vuelva usted á ponerse en semejante caso...

— ¿Qué me está usted diciendo? regañó Pedro sin cesar de sonreír y sin soltarle la mano.

— No apriete usted tanto, pidió el señor Dautremont. Digo que le aconsejo á usted que no vuelva á ponerse en semejante caso; nada más.

— Oiga, mi señor suegro, contestó Pedro sin dejar de magullar la mano del senador, cuando el molinero Lawson se mató — ya sabe usted, en julio último, por haberle usted arruinado con una jugada de Bolsa, ¿he ido yo á infligirle á usted consejos?

— ¡Pedro!... imploró Teresa.

Soltó la mano de su suegro. Éste, aturdido, murmuró :

— ¡Está usted nervioso!... Pero, me doy cuenta de la situación, y le dejo. ¡ Ven, Susana!

— Vaya, no se den ustedes matraca uno á otro, dijo ésta.

Los besos que se dieron las dos hermanas suavizaron la tensión de aquella despedida. Suegro y yerno se separaron sin una palabra.

IV

Cuando, ya cerrada la puerta, de nuevo se hallaron solos Pedro y Teresa en el saloncito, el silencio, entre ellos, se prolongó. Fuera, volvía á aclararse el tiempo; por instantes, un rayo de sol, pálido y turbio, jugueteaba en los espejos, en los dorados de los muebles, en el cristal de las arañas. Teresa observaba á su marido. Notó que su actitud de fuerza y de ironía iba abandonándole. El semblante de Pedro se puso grave. Todos sus movimientos se hicieron pesados. Fué á sentarse en una butaca, junto á la chimenea.

Su mujer le siguió, quedando en pie á su lado.

— ¡Pedro, dijo, estoy aquí!

Tomó él la mano que colgaba sobre la falda y la estrechó un instante, con apretón que pareció casi tímido á Teresa. Su cabeza se inclinó, su espalda se encorvó; hubiérase dicho que sentía pesar sobre sus hombros una carga harto abrumadora.

— ¡Cómo! exclamó Teresa... ¿Descorazonamiento? ¿Tú? ¿Cansancio? ¿En momento en que todo se resuelve? Ha pasado la borrasca, y flaqueas?

Alzó Pedro la frente y mostró á Teresa una cara tan extraña, tan distinta de lo que habitualmente era, que la mujer se asustó. Se sentó al lado de él; le habló de cerca, como se habla á un ser sincopizado ó delirante, temiendo que no nos oiga, que no nos conteste.

— Pedro, ¿qué ocurre? Pareces estar desesperado... y, en ese caso, ¿qué va á ser de mí? ¡Háblame, siquiera! Dime que lo que tienes no es más que una depresión nerviosa momentánea...

Murmuró con voz baja é igual :

— Sí, estoy muy cansado.

— Pues descansa... recupera fuerzas aquí, á mi lado. Pero, te lo suplico, no tengas ese aire de estar lejos de aquí, de estar vencido. Me harías suponer que no ha terminado todo... que me has callado algo, la noche pasada, y que nos amenazan más desgracias.

Protestó :

— ¡No, te juro que no!... Ahora, ya lo sabes todo.

— En ese caso, tu abatimiento es injustificable... Te digo que Majencio se ha marchado de aquí sumiso, arrepentido. Escúchame... Quiero contarte cómo ha ocurrido todo...

Se acercó más á él y le cogió la mano. Y, mientras le hablaba con la esperanza y la voluntad de infundirle nuevo valor, sentía ella su propio corazón desanimarse.

— Escucha, prosiguió... Llegó aquí Majencio

estando yo sola. No vacilé en recibirle... ¿Sabes qué venía á proponerme? Que separara mi vida de la tuya, que divorciara. Me ofrecía, en cambio, abandonar sus proyectos.

Pedro escuchaba atentamente, pero sin emoción aparente. Teresa, cada vez más angustiada, continuó.

— ¡Ya adivinas cómo acogí sus palabras! Ya íbamos á separarnos violentamente, cuando, no sé por qué incidente de la discusión, se me escapó decirle que, el autor de las falsificaciones, era su padre... Al saber esto, quedó abrumado, partido, segado... ¿Querrás creer que lo ignoraba?

— Sí, dijo Pedro con la misma voz incolora. He comprendido, esta mañana, que también Couderc lo ignora. Chretién, hace nueve años, sólo á su mujer se confió.

Hubiérase dicho que hablaba de una aventura que no le concernía. Teresa preguntó:

— ¿De modo que, pudiste ver á Couderc?

— Sin dificultad, en su cuarto de Buttes-Chaumont.

— ¿Qué te ha dicho?

Pedro contestó, con dolorosa crispación en los músculos de la cara:

— Por favor... no me pidas que te refiera en seguida la entrevista. Más tarde, te lo prometo... Además, ningún interés ofrece mi visita, puesto que nada he conseguido. Por ahora, hasta quisiera no pensar en tal cosa.

Se calló. Y Teresa, tristísima, no supo ya qué decirle. Lo único que pudo fué estrechar aquella mano

que tenía en las suyas propias, tratando de comunicar á Pedro, por medio del contacto y de la voluntad, lo que á ella le quedaba de energía; Pedro sólo contestaba con escasas presiones, cada vez más débiles. Entonces, poco á poco, aquel silencio, aquella inercia, helaron el corazón de la mujer. Tuvo la sensación del abandono, de la muerte. Sus lágrimas brotaron.

— ¡Oh, no llores, te lo suplico! ¡No llores por causa mía!

Teresa sollozó:

— ¿Puedo no estar desesperada, viéndote así? ¡Cómo! Anoche, cuando todo nos abrumaba... cuando podíamos temer que una acusación pública nos cubriera de oprobio... te veía valiente, te veía fuerte, y, á pesar de todo, me obligabas casi á admirarte. Podía apoyarme en ti... En cambio, ahora que huyó la pesadilla, que todo ha terminado, te veo... no presa de angustia, de tormento... sino peor... te veo tapiado, mudo, como extraño á mí... ¿Qué novedad ha ocurrido desde que te separaste de mí? ¿Qué suceso nuevo y secreto, ignorado de mí, y que te niegas á decirme? ¡Vamos, no me harás creer que no ha sucedido nada!

Pedro alzó sobre ella una mirada en la que Teresa leyó, á pesar de sus prevenciones, la voluntad de ser sincero.

— ¡Pues bien! no... nada ha ocurrido... nada positivo, cuando menos, nada tangible... Sólo que, estoy como un hombre que ha tomado carrera para derribar un obstáculo, y que encuentra caído el obstáculo en el

momento de arremeter contra él. Entonces, el hombre mismo cae al suelo; el choque lo aplasta, lo hunde... Eso es lo que me sucede... Cuando, hace un rato, entré aquí, una sola razón me sostenía, me guiaba, una razón que dominaba hasta mi deseo de acabar con la vida...

— ¡Ah! interrumpió Teresa. ¡Todavía esa horrible idea!...

Pero la emoción de Teresa no reaccionó sobre Pedro. Prosiguió éste simplemente :

— Sí... En ello he pensado... con más fuerza aún, cuando me dí cuenta de que no podía impedir la catástrofe... Por horrible que te parezca, Teresa, no había solución más razonable, más digna de ambos... Ya iba á realizarla...

Con ademán de espanto se tapó Teresa los ojos con las manos. Pedro se las tomó suavemente en las suyas.

— Iba á realizarla, cuando pensé : « En este momento, ya sin duda ha dado parte Majencio. Es demasiado tarde para ahogar el escándalo, y mi muerte lo agravará. Tengo el deber de luchar al lado de Teresa y de defenderla : después, veré de librarla de mí. » Esto es, te lo juro, lo que me ha detenido. Ahora que todo está resuelto... y que lo sé... te pido perdón de estar vivo.

Teresa balbució, asustada por la absoluta desesperación que traducían las palabras de Pedro :

— ¡Marido mío... marido mío... quiero que vivas!

— ¿Para qué? murmuró Pedro... Ya no soy yo; algo se ha roto en mí.

Meditó un instante, cual si mirara en sí mismo y tratara de explicar una sensación confusa todavía, que iba él desentrañando á medida.

— Lo que ocurre en mí es extraordinario. Me parece, en este momento, que una especie de ola obscura, sí, no hay otro nombre : que algo obscuro, negro, me invade, me sumerge interiormente... algo negro que yo llevaba en mí, que me oprimía antes de esa horrible crisis, pero que nuestra felicidad, primeramente, y luego la crisis misma, la necesidad de combatir, rechazaban, por decirlo así.

Teresa se guardó de interrumpirle.

Prosiguió :

— Aun antes de la noche pasada... antes de nuestro regreso á París, aun durante nuestros meses de Noruega, tan íntimos, tan dulces... sí... ese algo negro estaba en mí, y me amenazaba, y crecía en volumen. No quería yo verlo, porque me sentía más fuerte que él ; lo retaba... Y, aun antes... antes de la estancia en Aaberg, antes del viaje de boda... cuando éramos novios... ese algo negro estaba en mí... ¡Pero nada temía ya de él : estaba yo harto triunfante!

Se calló un instante. Luego, de repente :

— ¡ Ya sé! ya sé cuándo, por vez primera, noté yo en mí esa negrura... en Roquefón... el día en que, con tu padre y tu hermana, fuiste á visitar el castillo. Cuando, ya de noche, me vi solo en mi cuarto, ya era yo tuyo, estaba ebrio, loco... Pero, en el extremo horizonte de mi corazón... misterioso, amenazador, asomó lo negro... al mismo tiempo que tu imagen...

al mismo tiempo que hice tu conocimiento y que desee que fueras mía... ¿Me comprendes?

Al oír estas palabras, el corazón de Teresa, lejos de angustiarse más, se había dilatado poco á poco. Contestó ella :

— Creo comprenderte. Cuando me conociste, á mi cuya vida era una línea recta (confieso que ningún mérito tenía yo en que así fuera) conociste el remordimiento de lo que de culpable contenía tu vida.

Al mismo tiempo que decía « no » con la cabeza, Pedro dijo :

— No, no es eso...

Siguió, algunos segundos su propio pensamiento, y continuó :

— No tenía remordimiento, ni creo tenerlo tampoco hoy : perdona que te lo diga con franqueza... Cuando considero el hombre que he sido... sí, el cómplice de falsario que he sido á los veintiséis años... el hombre que ha usado de su fuerza superior para deshacerse del cómplice convertido en traidor... no puedo, no puedo condenarme. Con mayor motivo no me condenaba cuando te vi. Pero, desde aquella hora, he sentido que el asociar á ti un hombre que tenía esa moral, que tenía aquel pasado, era una acción mala, pues corrías riesgo de padecer por ello : presentía yo confusamente que padecerías, tarde ó temprano. Aquella negrura era este presentimiento. Que sufriera yo, me parecía justo; no llamaba yo eso un castigo, lo llamaba mala suerte, fracaso. Era una partida perdida contra el destino, y de sobra sabía yo que corría

riesgo de perder algunas. Pero, tú, tú no habías jugado contra el destino, y te hacía yo correr el riesgo de ser derrotada conmigo, sin avisarte. Esto, era culpable. Esto me atemorizaba, ó, si quieres, me remordía. Y ese remordimiento, esa negrura ha ido en aumento desde aquel día hasta ayer, hasta anoche, hasta esta mañana, en que, en el momento mismo en que se desvanece el peligro positivo, desborda y me envenena. ¡Ah, soy muy desgraciado!

Se levantó, apoyó su codo sobre la meseta de la chimenea y su cabeza sobre su mano. Teresa se llegó á él.

— Vamos, ten valor suficiente, le dijo, para pensar y confesar que tu pasado te horroriza, que lo condenas... Te domina todavía un orgullo de mala índole, pero, no obstante, has reformado tu conciencia.

Iracundo, contestó Pedro :

— ¡No! no he reformado mi conciencia... Mi razón no ha cambiado de ley. Lo que quizá es verdad es que tu conciencia ha acabado por penetrarme, que me oprime. Mi razón queda libre, y jamás, óyelo bien, jamás conseguirás que condene yo mi pasado con mi razón. Sólo que, has conquistado mi sensibilidad, mis nervios, mi corazón, da á eso el nombre que quieras, — en fin... todas las cosas que hay en nosotros y que se sustraen á nuestra razón... ; me has, por ese lado, de tal manera sitiado, dominado, que ya no puedo desasirme... Así es que... cierto.. contra mi razón misma, hete que me desprecio, que sufro de no poder hacer que lo que es no haya sido, del mismo modo

que podrías padecer, tú, atiborrada de disciplina y de escrúpulos, si hubieras cometido lo que yo he cometido... Me has infundido hasta tu afán de rescate, de reparación... Me parece que ya no tendría yo valor para parecer, para continuar en plena luz mis habituales tareas, con dinero, con prosperidad, sepan ó no de dónde procede todo eso. De modo que, he perdido mi afición al esfuerzo, y tú no puedes seguir queriéndome. Por consiguiente, he perdido mis dos únicas razones de vivir. Estoy de más en el mundo.

No miró á su mujer después de proferidas estas palabras, y quedó inmóvil.

— ¿Por qué decir eso, Pedro? murmuró Teresa. ¿No te das cuenta de que nunca, al contrario, hemos estado tan cerca uno de otro?... Yo, no tengo por valedera aquella unión de mentira en que no te conocía. Ahora, por fin, estamos en presencia, con nuestras verdaderas caras. Sigues estando envenenado de orgullo, pero, no obstante, confiesas que te has apropiado mi conciencia... Pues bien, yo, he tomado tu culpa... sí, la he tomado por cuenta mía, ¿oyes? como si la hubiera yo cometido... De suerte que, ahora sí que estamos realmente unidos. Prueba de ello, que pensamos, que deseamos las mismas cosas, á la misma hora... También á mí, como á ti, nuestro lujo, esa enorme cantidad de dinero cuyo origen detestamos, todo eso pesa cruelmente sobre mí... De no haber tenido tú mismo ese sentimiento, tratara yo de hacerlo nacer en ti, de convencerte... Mas, ¡cuánto más me gusta que haya venido de ti la idea!... Escucha.

Le llevó á un diván que ocupaba el ángulo del salón.

— Escucha... Anoche... ó, mejor dicho, cuando comenzaba á clarear, estaba yo despierta... Tú, dormías sobre mi corazón, tan tranquilo, con un semblante tan sosegado... Y me sentía contenta de pensar que descansabas, que tomabas nuevas fuerzas. Pero, me decía: «Duerme como un niño; ninguna ansiedad moral le atormenta.» Y, en tu calma, había algo que yo odiaba.

Pedro tuvo una sonrisa triste:

— Alégrate... Ya no tengo esa calma detestada... Estoy tan atormentado, tan débil como podías desearlo.

De nuevo le cogió Teresa las manos y se las apretó con más vigor, como para infundirle energía.

— ¿Por qué flaquear? ¿Por qué desesperar? ¡Vamos, Pedro, ánimo!... La culpa de tu pasado, acabas de expiarla: pues es preciso que hayas mortalmente padecido para haber, hasta ese punto, perdido tu fuerza... ¡Ánimo! Nos libertaremos de ese pasado malo. El daño causado por ti, por tu complicidad con Chretién, lo repararemos... sin ruido... en las personas de las víctimas, si podemos dar con ellas, y, en todo caso, en los desgraciados. Haremos más bien que daño hayas podido hacer. Lo cual no ha de impedirte que reanudes tus tareas, pues necesitas ocupación, conquista... ¡Ah! quizá resulte duro el seguir viviendo bajo las miradas de aquellos que sospecharon de ti. Pues bien... en eso consistirá nuestra expiación.

Pedro, al cabo de un silencio, murmuró :

— Sí... sería posible... La vida sería posible así. Mas parecía tan abatido como antes.

— ¿Por qué decir sólo « posible »? repuso Teresa. Eso depende de nosotros... Es la realidad de mañana, de ahora mismo. Es menester que desde este mismo momento comencemos á rehacer nuestra vida.

Pedro replicó, con la expresión lasa y vencida del atleta que « abandona » :

— No podré.

— ¿Quién te lo impide?

— ¡Ah, Teresa, no me lo preguntes!... Déjame saborear este minuto en que tu compasión te acerca al desgraciado que soy... Si me preguntas y que yo te conteste, de nuevo vas á alejarte de mí.

— Ya, nada puede alejarme de ti, replicó Teresa. Estamos unidos en la verdad. Habla.

— ¿Lo quieres?

— Sí.

— ¡Pues bien! dijo Pedro apartando sus miradas y alejándose un poco... despréciame... dime que me vaya... pero, esa vida nueva que me anuncias... que me ofreces, (y que tan generosa eres en ofrecérmela puesto que no la merezco), esa vida... no puedo vivirla... Me ahogaría, me volvería loco. ¡Ah Teresa!... ¡Cada palabra que acabas de decir ha sido para mí una puñalada! Me has hablado con tu piedad, con tu perdón... me has hablado como una madre indulgente, como una hermana indulgente... Pero...

Le faltó saliva, y tuvo que detenerse un momento antes de continuar.

— Tu compasión, tu ternura de hermana y de madre... de sobra sé que todavía haces demasiado concediéndomelas... Mas, ¡no las quiero, no las quiero!

Se puso los puños sobre los ojos como para impedirle ver á Teresa y tener valor suficiente para vaciar todo su corazón. Ella le escuchaba, muda é inquieta.

Repitió Pedro :

— No quiero tu compasión... te rechazo por madre, por hermana... ¡Has sido mi mujer y ya no lo eres : tal es la espantosa realidad!

Hizo Teresa un ademán de protesta, mas Pedro se encogió de hombros.

— ¡No digas que no! no trates de engañarme... ¿Acaso no he comprendido yo, la noche pasada? ¿Acaso puedo no comprender, en este momento? ¡Oh! de sobra sé que lo que te estoy diciendo te ofusca, te irrita. No obstante, preciso es que lo sepas, y me alivia un poco el gritártelo...

Con la garganta apretada, (pues aquel acceso de violencia en aquel hombre tan dueño de sí la espantaba), Teresa murmuró :

— ¡Pedro... por favor!...

— Sí, ya entiendo... me pides que me calle, que me someta... Pues sabe que eso me es imposible. Haber conocido la dicha que he conocido, haberte poseído, ¡Teresa! haber despertado tu juventud y cosechado tu deseo, haber retemblado bajo tu boca y

haberte sentido palpar contra mí... haber tenido esa felicidad delirante, excesiva, y estar privado de ella, y que en su lugar le ofrezcan á uno no sé qué pálida vida de monje que expía, ¡y de monje que no cree! con una hermana de la caridad á su lado... no... ese perdón, lo rehusó, lo rechazó. ¡Prefiero cien veces acabar de una vez!...

Estaba jadeante, su mirada se extraviaba, y, con gestos bruscos, alocados, pasaba de cuando en cuando su mano sobre su cara.

— La vida para mí, prosiguió, es tú... tú sola, ¡pero tú toda entera! De ti sola es de quien me cuesta trabajo arrancarme... Mira : esta mañana misma... te he dicho que renuncié á matarme porque tenía que defenderte. Es verdad. Pero no es toda la verdad. He querido verte otra vez... ver una vez más tus ojos, tu rostro, tu cuerpo... respirarte á pesar tuyo... decirte : « Sí; todo se acabó; soy demasiado culpable contigo y demasiado nocivo para seguir siendo tu marido; déjame que desaparezca... pero, antes, Teresa. ¡Teresa! concédeme el sólo perdón que cuenta... no sólo el perdón de tu razón, de tu piedad... sino el perdón de tu carne y de tu sangre... ¡el perdón de toda tú!... » ¡Ah! es una locura el que yo te hable así... ¡Vas á detestarme!

Cayó á sus pies, con la frente en los pliegues de su falda, contra sus rodillas. Sus manos extraviadas trataban de enlazarla, en esa actitud de súplica, tan extraña, hereditaria en nosotros y que las supremas emociones suscitan en el hombre moderno como en

los días más lejanos de la humanidad. Y se inmovilizó en aquel enlazamiento de suplicante.

Sintió las manos de Teresa que, temblonas, vacilantes, bajaban sobre sus sienes, sobre sus hombros. La oyó murmurar :

— Pedro, levántate.

Obedeció, mas no se atrevió á afrontar su mirada.

— ¡Pedro! dijo de nuevo Teresa.

Se atrevió á mirarla. Estaba ella muy pálida : todas las facciones de su cara, así como sus miembros, parecían de una estatua. Pedro evocó de repente, del fondo de su memoria, otro instante en que la había visto así, desarmada ante él : ocurría aquello cuando todavía eran novios, una tarde, en el estudio de Teresa, en el instante que precedió al primer beso entre ellos. Como entonces, á punto estuvo Pedro, ahora, de cerrar con los suyos aquellos labios que se entreabrían, tan cercanos...

Tuvo la adivinación y la fuerza de contenerse. Sin que pronunciara Teresa una palabra ni hiciera ademán alguno para detenerle, retrocedió un poco y volvió la cara.

Entonces, ella se fué á él. Le envolvió con sus brazos, y, pegando su mejilla contra la de su marido, murmuró :

— ¡Todavía no!...



